

La vía del amor: una forma de insurgencia de la mujer del siglo XIX

Carlos Mario González Restrepo

Será, precisamente, en el nuevo dominio abierto para la individualidad por la sociedad burguesa donde la mujer establecerá uno de sus principales puntos de apoyo en la larga y difícil lucha que afrontará a lo largo del siglo XIX en pos de una nueva identidad, de un nuevo lugar en la sociedad y de una nueva significación para su vida. La conquista a la que se aprestó la mujer en el nuevo período histórico que abrió el ineludible impacto de la revolución francesa fue la de despojarse de la marca que signaba su destino como responsabilidad ante la especie, para acceder a la experiencia de una vida propia y particular, materializada en múltiples realizaciones. El siglo XIX estuvo cruzado por una perseverante, aunque no siempre coherente, lucha de la mujer que le permitió dar el paso de la condición casi exclusiva de madre, esposa y garante de la moral en la que el siglo desde sus albores quiso reconocerla, a la que quedó

plasmada en las palabras de Lou Andreas Salomé:

"Soy incapaz de regular mi vida según modelos y no ofreceré nunca uno a nadie. En cambio, lo que seguramente haré, me cueste lo que me cueste, es adaptar mi vida a mi propio modelo. Al actuar de esta manera no defiendo ningún principio, sino algo mucho más maravilloso, que estalla de alegría en el corazón del individuo, cálido de vida y con la única aspiración de liberarse" ⁽¹⁾.

Es cierto que el cambio al que asistió el siglo no permite decir que estas palabras fueran, en general de las mujeres de la época, más aún, seguramente, Lou An-

1. Andreas- Salomé, Lou. Carta a Hendrik Guillot, 26 de mayo de 1882. Citada en "Idolatrías: representaciones artísticas y literarias" por Stephane Michaut en *Historia de las mujeres*. Tomo IV, Madrid, 1993. p. 154.

dreas Salomé fue una mujer excepcional, como excepcionales fueran mujeres de carne y hueso del estilo de Olympe de Gouges, Mary Wollstonecraft, Flora Tristán, las hermanas Bronte, George Elliot, George Sand, Jane Austen o Colette, no obstante, más allá de que su hegemonía no fuera cuantitativa, ellas concretaron nuevos paradigmas de mujer y certificaron para ésta posibilidades nuevas de encarar la existencia, además de que constituyeron con el ejemplo de su propia vida el norte que de allí en más, y con las imprescindibles revisiones de por medio, animó la búsqueda del número creciente de mujeres que quiso romper con el imperio de un destino reducido a la servidumbre de la domesticidad familiar:

"...los historiadores centran su atención en los cambios y transformaciones en la condición de la mujer, pues el más sorprendente de ellos, 'La emancipación de la mujer', fue iniciado y desarrollado de forma casi exclusiva en este período por la clase media y —de forma diferente— por los estratos más elevados de la sociedad, menos importantes desde el punto de vista estadístico. Fue un fenómeno modesto aunque este período dio a luz un número de mujeres reducido, pero sin precedentes, que eran activas y que se distinguieron de forma extraordinaria en determinados campos, reservados hasta entonces a los hombres: figuras como Rosa Luxemburgo, Madame Curie, Beatrice Webb. Con

todo fue un número lo bastante elevado para producir no sólo un puñado de pioneras, sino —en el contexto de la burguesía— una nueva especie, la 'mujer nueva' sobre la cual especularon y discutieron los observadores masculinos a partir de 1880 y que fue la protagonista de las obras de autores 'progresistas': Nora y Rebeca West de Henrik Ibsen y las heroínas, o más antiheroínas de Bernard Shaw" (2).

Así no hayan sido las más, mujeres como Emily Dickinson o Sara Bernhardt plasmaron, para todas las demás, y también para los hombres, el "más", el plus, que puede realizar toda vida de mujer que asume que ser madre y esposa únicamente no es el destino fatal que determina a su sexo.

La gran tarea que de manera ambivalente no dejó sin embargo de adelantar el siglo XIX en lo concerniente a las mujeres, consistió en historizar el ser de la mujer y en igualar su condición social a la del hombre. Pero es menester repetir: tarea que se propuso el siglo, tarea que no cesó de acometer, tarea, sin embargo, que no pudo en ningún momento consumir a satisfacción y que nunca dejó de ser ardua y difícil por todas las trabas y reacciones que encontró. En todo caso lo que sí se puede afirmar es que el siglo XIX al ofrecer las condiciones para que la mujer reconociera la necesidad de con-

2. Hobsbawn, Eric. *La era del Imperio*. Ed. Labor, Barcelona, 1989. pp. 193-94.

quistar su propia vida alcanzó un punto de no retorno en la historia de la cultura occidental: el de la mujer que rompe sus lazos de servidumbre con el hombre, lo que, no obstante, no equivale a decir que la feminidad haya alcanzado su propio punto de ruptura con el sofocamiento a que la ha tenido sometida en los últimos siglos la masculinidad en nuestra cultura occidental. Para decirlo con otras palabras: el siglo XIX da el pistoletazo de largada a la emancipación de la mujer, no así a la de la feminidad, siendo esa una tragedia que domina a este siglo y que queda recogida en la gran literatura que se produjo en él: se puede ganar como mujer un nuevo y emancipado lugar en una sociedad que menoscaba la feminidad al mismo tiempo, es decir, para poner un ejemplo, Ana Karenina no fracasa por ser mujer, fracasa por ser femenina y por agenciar en tanto tal, valores y actitudes ante la vida y el ser que no podían tolerarse en una sociedad regida según los ideales de goce masculino. Y ya se sabe: el goce masculino tanto puede ser asunto de hombres como de mujeres. Si se prefiere, se puede también decir que la sociedad del siglo XIX, no sin ingentes luchas y esfuerzos, se dispuso a abrir un lugar a la mujer en el escenario social y público, a cambio de que abdicara de la feminidad. Es esta exigencia implícita y sutil, pero categórica, la que releva todavía más el papel histórico de esas mujeres que supieron enfrentar a la sociedad decimonónica

no sólo para cargar su vida con sentidos distintos al del paradigma existente, sino que sostuvieron ese particular goce de ser que es propio de la feminidad, cosa de la que testimonia una obra de vida que no redujo ésta al monotema del poder (económico o político), cara realización del goce masculino, sino que exploró las posibilidades de nuevas realizaciones en lo ético, lo estético y lo espiritual.

Pero dejemos por un momento esto y retornemos al punto en que decíamos que la tarea del siglo XIX consistió en darle un estatuto histórico a la condición de mujer. Hasta entonces la idea de mejor aceptación era la de concebir a los sexos según un orden natural que los había diferenciado de manera tal que su encuentro era el de dos complementarios. Acorde con esta idea el siglo XIX en sus comienzos define para la mujer, en función de su "naturaleza", un modelo centrado en los papeles de esposa y madre, con derechos y deberes bien precisados, y con la misión de ser abanderada de la virtud y de la moral allí donde ella se definió como ama: la casa. Es indudable que si, de un lado, la asignación del espacio doméstico como universo fundamental de su realización, representa una gran restricción (contra la que, precisamente, no dejó de rebelarse a lo largo de todo el siglo) a sus posibilidades como ser, de otro lado no se puede negar que la condición de ama de casa le otorgó un dominio en el cual reinar relativamente y del que careció en épocas anteriores, pues

si bien siempre fue esposa y madre, lo primero, antes que con un valor particular de ella, tenía que ver con transacciones y cálculos económicos que a través suyo se concretaban, mientras lo segundo no la asignaba a una función formadora sino que la designaba como factor de certificación de la legitimidad de la descendencia. Ser "ama de casa" le deparó potestades nuevas como, por ejemplo, intervenir en la formación física y espiritual de su hijo y velar por la moral que todos debían acatar, incluso el esposo. Por eso la condición de ama de casa, en cierto sentido representaba un logro para la mujer, pues, por lo menos, los universos quedaban repartidos, el público para el hombre y el privado para la mujer, y no como sucedía antes cuando tanto el dominio privado como el público eran potestad del hombre. Esta asignación de "Reina del hogar", que consolidó el siglo XIX, con la reducción de la existencia de la mujer al ámbito doméstico, cosa que desde el principio estuvo en la mira crítica de ciertos feminismos (pues hubo algunos que lo aceptaron así y sólo pedían algunas condiciones que mejor le permitieran cumplir con ésta su función natural), se justificó en el susodicho orden que la naturaleza había establecido y que obligaba, a una sociedad que pretendiera la armonía, a respetarlo. Una esencia natural le señalaba a la sociedad cómo distribuir los sexos y qué funciones y potestades conferirle a cada uno de ellos: la mujer, habilitada por la naturale-

za para la gestación y el parto, debía tener el hogar como su "habitat" pues allí no sólo daba a luz, sino que atendía a la crianza de su prole; el hombre, en cambio, despojado por la naturaleza de las funciones de alumbramiento y crianza, debía proveer la manutención de los suyos, cosa que lo obligaba, aunque el trabajo se hiciera en casa, a participar en actividades y preocupaciones extra-hogareñas, lo que definía el ámbito público como el dominio de realización del hombre.

"El papel principal le compete al ama de casa, encargada de poner en escena la vida privada tanto en la intimidad familiar —las ceremonias cotidianas de las comidas y las veladas junto al fuego— como en las relaciones de la familia con el mundo exterior —la organización de la sociabilidad, las visitas y las recepciones—. Ella habrá de ser quien dirija el curso de las faenas domésticas de modo que todo el mundo, y el primero de todos su esposo, encuentre en la casa el máximo de bienestar" (3).

"Estudiar, para una adolescente de la burguesía, equivale a prepararse para el desempeño de su papel de mujer de casa: mantener una, dirigir la servidumbre, ser la interlocutora de su esposo

3. Martin-Fugier, Anne. "Los Ritos de la Vida Privada Burguesa" en *Historia de la Vida Privada*. Tomo IV. Dirigida por Philippe Ariès y Georges Duby. Altea, Taurus, Alfaguara, Madrid, 1989. p. 207.

y la educadora de sus hijos. Para semejantes tareas no se necesita latín ni conocimientos científicos especializados; basta con un barniz de cultura general, artes de adornos —música y dibujo— y una formación doméstica teórica y práctica-cocina, higiene y puericultura" (4).

"La privatización había ganado sólo a las mujeres (incluidas las que trabajaban) y los niños; los hombres habían escapado parcialmente a ella y, con seguridad, veían en eso uno de sus privilegios de machos. Para las mujeres y niños, no había casi vida fuera de la familia y de la escuela, que constituían todo su universo. Al contrario, para los hombres existía siempre entre la familia y el trabajo un lugar de encuentro y animación: la ciudad" (5).

"El tiempo de los hombres es el de la vida pública, su empleo se haya dictado por el ritmo de los negocios. Son raros los hombres de buena sociedad que viven ociosos y pueden organizar sus jornadas como bien les parezca. Sí, todavía en 1828, hay un manual que le traza al fashionable un empleo del tiempo libre, a medida que avanza el siglo las publicaciones para uso masculino se convierten en guías profesionales..." (6).

4. Ibidem, p. 243.

5. Ariès, Phillippe. "La Ciudad Contra la Familia", *Revista Vuelta* 10/mayo 1987. p. 27.

6. Martin-Fugier, Anne. Op. cit. p. 207.

Esta bipartición que se atribuye a la naturaleza, y por tanto que carecería de historia, es decir, de cambio, sugiere un modelo de mujer y un modelo de hombre que deben complementarse mutuamente. Antes que nada el siglo ofreció el modelo de mujer propio del romanticismo: una mujer ideal, descarnada, a la que sólo (!) se le pide que sostenga el éxtasis y la fascinación del hombre y que no sea para éste sino puro objeto de contemplación y admiración

"...y en alguna parte, al otro lado del mar o pasadas las montañas está la mujer. La mujer que lo liberará de aquel sueño de amor, de aquellas fantasías eróticas, convirtiéndolas en una relación de éxtasis inacabable. El romántico fascinado por las imágenes inconscientes del otro sexo, vuelve la espalda a la mujer sensata que no puede dejar de pensar en sus hijos, su casa y un ingreso regular saneado. A través de esta literatura (romántica) desfilan una serie de criaturas femeninas que son cualquier cosa menos mujeres de carne y hueso: hadas, ninfas, ondinas, reinas salvajes, princesas orientales; cualquier mujer lo bastante exótica para no encajar en un molde doméstico y rutinario" (7).

"La amada del romántico es tan extraordinariamente amada que muchas veces es ella la que pa-

7. Priestley, J. B. *Literatura y Hombre Occidental*. Op. cit. pp. 168-69.

ga que la amen tanto, porque resulta intocable, inabordable e inaccesible. La amada es una flor azul que existe en medio de las zarzas, que expande su perfume dulce como un secreto en la profunda soledad. El mundo que la rodea es un mundo que no es digno de ser habitado por un ser así. Nadie está a su altura y ni siquiera nota su excelsitud, fuera del poeta que la canta sin osar acercarse a ella" (8).

Pero este modelo, configurado en la fantasía del romántico y en el que se apuntaló el ideal amoroso que animó en un principio al siglo XIX, bien pronto recibió una contundente crítica, incluso, con la literatura realista que cobra fuerza después de 1830, desde el mismo campo literario, pero sobre todo desde las concepciones que tenían que dar cuenta de las mujeres de carne y hueso que existían en la vida concreta. Ese modelo de mujer que el siglo quiere consolidar comienza por definir a la mujer como un dechado de ingenuidad e inocencia, que desde su misma apariencia abroga cualquier connotación sexual, tal como lo sugiere la presentación que Stendhal hace de la gran heroína de "Rojo y Negro":

"La señora de Renal parecía tener unos treinta años y era aún bastante bonita (...). Tenía cierto aspecto de sencillez y de juventud en su forma de andar

(...), aquella gracia ingenua, llena de inocencia y de vivacidad puede que hubiera llegado incluso a despertar sentimientos de dulce voluptuosidad. Si hubiera conocido su éxito, la señora de Renal se hubiera avergonzado mucho. Ni la coquetería, ni la afectación habían rondado nunca su corazón (...)" (9).

La misma señora de Renal sirve para señalar otros dos rasgos básicos del modelo de mujer valorizado en el siglo XIX: esposa y madre, dando cuenta de ello de abnegación y entrega al marido y a los hijos respectivamente:

"Era un alma ingenua, que nunca se hubiera atrevido a juzgar a su marido, ni a confesarse siquiera que éste le aburría. Suponía, sin decírselo, que entre marido y mujer no existían relaciones más dulces. Sentía sobre todo que amaba al señor de Renal cuando éste le hablaba de sus proyectos para con sus hijos (...)" (10).

"Hasta la llegada de Julián, no se había preocupado en realidad más que de sus hijos. Sus enfermedades, sus dolores, sus pequeñas alegrías, llenaban toda su sensibilidad (...)" (11). "Hubiera sacrificado su vida sin dudarle un momento para salvar la de su marido, si lo hubiera visto en peli-

8. Zuleta, Estanislao. *Arte y Filosofía*. Op. cit. pp. 182-83.

9. Stendhal. *Rojo y Negro*. Ed. La Oveja Negra Ltda, 1983. p. 19.

10. *Ibidem*, p. 19.

11. *Ibidem*, pp. 43-44.

gro" (12). Pero también en la señora de Renal se describe la opinión que los hombres tienen de sus mujeres, a las cuales consideran no razonables, indolentes y débiles:

“—¡Estás hablando como una necia, como lo que eres!— gritó el señor de Renal con voz terrible. —¡Qué se puede esperar de una mujer!—. Las mujeres nunca prestan atención a lo que es razonable: ¿cómo podrían saber cómo se debe obrar? Su indolencia, su pereza sólo les consiente actividad cuando se trata de cazar mariposas. ¡Seres débiles! ¡Qué desgracia la nuestra, que tenemos que aguantar!” (13).

De todas maneras, en el modelo decimonónico la mujer es la encargada de velar, en su hogar, porque se guarde la moral y la virtud: “La obrera habrá de convertir a su marido a la temperancia, lo mismo que la burguesa redentora tiene por misión conducir de nuevo al esposo incrédulo al camino de la ortodoxia” (14). Esta concepción de la mujer se encuentra ratificada por una ideología religiosa de gran calado en la época:

“A propósito de la mujer, dice el cristianismo: Es ella, en primer lugar, la que ha introducido el pecado en el mundo (...), aunque la maternidad la salva.

La sumisión aparece como la expresión femenina del amor conyugal. A los maridos se les recomienda que amen a su mujer, a ellas se les recomienda que sean sumisas. La diferencia de matiz no es pequeña” (15).

Ama en su casa, en realidad su dominio doméstico, con el que sueña cuando es joven espantada por el triste destino de la solterona, es un dominio puesto al servicio del hombre y cuántos más logros consiga ella en su reino, más y mejores tributos rinde al esposo que los usufructúa tras su retorno del escenario público:

“La vida privada es el puerto al que los hombres se acogen para descansar de las fatigas de su trabajo y del mundo exterior. Todo ha de estar preparado para hacer armonioso este puerto. La casa es el nido, el lugar del tiempo suspendido. La idealización del nido llevó a la idealización del personaje del ama de casa. Es preciso que, como un hada, haga surgir la perfección esforzándose por disimular los esfuerzos desplegados a tal fin. Que sólo se advierta el resultado y no el trabajo de la escenificación: semejante al maquinista de la ópera, ha de presidirlo todo sin que se la vea actuar” (16).

12. Ibidem, p. 168.

13. Ibidem, p. 140.

14. Corbin, Alain. “Entre Bastidores” en *Historia de la Vida Privada*. Tomo IV. Op. cit. p. 586.

15. Ariès, Phillipe. “El Amor en el Matrimonio” en *Sexualidades Occidentales*. Ph. Ariès, A. Béjin, M. Foucault y otros. Ediciones Pardós. 1ª ed. 1987. pp. 182-83.

16. Martin-Furgier, Anne. Op. cit. p. 207.

Por otra parte, el modelo de hombre queda precisado en términos de ser productor de bienes y proveedor de fondos. Este hombre, frenético productor y acucioso acumulador según la lógica que impuso el capitalismo, tuvo también que pagar un elevado precio como consecuencia de ese goce masculino que expresado como verdadera obsesión por el dinero se fue apoderando de la sociedad: se fue haciendo un esclavo del trabajo, el cual le impuso una asfixiante y exhaustiva jornada en la cual el tiempo, calculado y programado, quedó destinado en lo esencial al rendimiento y a la eficiencia. La consigna que se impuso lo dice todo: "El tiempo es oro". Dos espacios fundamentales se delinean en este siglo y se distribuyen según el supuesto orden natural de los sexos: la casa para la mujer, el trabajo para el hombre; la mujer ufánándose de su diligencia doméstica, el hombre de "no perder el tiempo" en su frenética laboriosidad.

Es cierto que el cuadro que acabamos de describir no alcanza su plena nitidez hasta el siglo XX y que el siglo XIX apenas lo esboza, pues todavía le quedan remanentes de antiguas sociabilidades que le permiten, sobre todo a los hombres, ganarle a la ciudad industrial un tiempo y un lugar para el ocio camaraderil, por ejemplo el café como lugar de encuentro y de palabra, mediando entre esos dos puntos cada vez más privilegiados de la red social: la casa y el trabajo, pero también es cierto que ya

el siglo comenzaba a desplegar la implacable lógica que reduce el tiempo del hombre a pura función productiva. Es lo que caracteriza al esposo de Ana Karenina: "Cada minuto de la vida de Alexey Alexandrovich estaba dedicado a algo. Y para que le diera tiempo de cumplir lo que le correspondía diariamente, observaba un orden severísimo. 'Sin precipitación y sin descanso era su lema'"⁽¹⁷⁾. Una vida así, cuadrículada en tiempo y tareas, será una vida ordenada y sin sorpresas, es decir, la aventura a que lanza la sociedad capitalista, cada vez más descomunizada e individualista, es una aventura en términos de la incertidumbre de los caminos por los cuales pueda transitar la vida de un hombre ya no estrictamente determinado por su origen, pero definido este camino e inserto en el engranaje casa-trabajo, su existencia obedecerá a una cotidianidad geoméricamente regularizada, sin mayor oportunidad de sobresaltos y completamente predecible: es la vida ordenada reclamada por la particular temporalidad de la producción capitalista. Ya Matilde, la segunda heroína de "Rojo y Negro", lo alcanza a vislumbrar: "(...) la vida de un hombre era una serie de casualidades. Ahora, la civilización y el prefecto de policía han alejado la casualidad y no queda lugar para lo imprevisto"⁽¹⁸⁾.

17. Tolstoi, León. *Ana Karenina*. Aguilar S.A. ediciones. Madrid, 1952. p. 162.

18. Stendhal. Op. cit. p. 355.

Pero estos modelos de hombre y mujer no sólo eran complementarios, sino jerarquizados, siempre según un fundamento que se hacía radicar en un orden establecido por la naturaleza, que había querido establecer la prevalecencia del hombre sobre la mujer.

"En nombre de la naturaleza, el Código Civil (napoleónico) establece la superioridad absoluta del marido en la pareja y del padre en la familia, así como la incapacidad de la mujer y de la madre. La mujer casada deja de ser un individuo responsable: célibe o viuda, lo es mucho más. Semejante incapacidad expresada por el artículo 213 ('El marido debe proteger a su mujer y la mujer debe obediencia a su marido'), es prácticamente total, la mujer no debe ser tutora ni sentarse en un consejo de familia: se prefiere a parientes lejanos y varones (...). La mujer adúltera puede llegar a ser castigada con la muerte porque amenaza con atentar contra lo más sagrado de la familia: la descendencia legítima" (19).

Esta misma situación, aunque ya no en el orden legal sino en el de los hábitos y las costumbres, si se quiere, en el de la mentalidad, es la que suscita en Daría Alexandrovna, el personaje de Tolstoi, palabras que no pueden ocultar una amarga queja (lo que, por lo demás,

es indicio, así sea tenue, del rechazo que empieza a cuajar de parte de las mujeres):

"Sí, ahora lo he entendido todo —continuó Daría Alexandrovna—. No puede usted comprenderlo; para ustedes los hombres, que son libres y pueden escoger, está claro a quién aman. Pero una muchacha obligada a esperar, con su pudor femenino, virginal, que los ve a ustedes desde lejos y tiene que fiarse de los que le digan, puede experimentar un sentimiento que no puede explicarse (...). Sí, el corazón habla. Pero piénselo: ustedes los hombres, cuando se interesan por una muchacha, frecuentan su casa, la tratan, la observan y esperan para ver si encuentran en ella lo que les gusta, y una vez que están convencidos se declaran (...), y a la muchacha no se le pregunta nada. Quieren que ella escoja; pero ella no puede hacerlo, y sólo le cabe contestar: 'Sí', o 'No'" (20).

Estos modelos, pues, de mujer y hombre, definidos según una supuesta raigambre natural que establece una clara división sexual de las funciones sociales y que valida un determinado orden de poder entre los sexos, es un aspecto importante del siglo XIX y constituye el intento de preservar y prolongar una desigualdad entre los géneros que tiene a su haber por lo menos todos los siglos que com-

19. Perrot, Michelle. "La Familia Triunfante" en la *Historia de la Vida Privada*. Tomo IV. Op. cit. p. 128.

20. Tolstoi, León. Op. cit. p. 405.

prenden la historia de la cultura occidental. La característica del siglo XIX fue la forma que le dio a esta vieja desigualdad, confiriendo a la mujer el estatuto de ama de casa en términos de unas precisas funciones de esposa, madre y educadora y haciéndola relativa reina del universo doméstico, en tanto al hombre lo define en función de productor y proveedor y precisando como su esfera específica la del universo público. Es verdad que desde los albores mismos de la cultura occidental la diferencia entre lo privado y lo público ha estado marcado por un trazo muy nítido y que la mujer, en general, ha estado confinada al ámbito doméstico, pero lo que singulariza al siglo XIX es la distribución propia que hace de poderes y funciones, tanto en lo privado como en lo público, entre los hombres y las mujeres, distribución caracterizada de la manera que ya hemos indicado. En síntesis, el siglo XIX occidental recoge una vieja diferencia y jerarquización entre los sexos, la modela según sus propias formas y pretende así perpetuarla acogíendose a un supuesto orden natural inviolable por la sociedad, so pena de introducir en ella la desarmonía y el caos total. Este es un aspecto importante que caracteriza al siglo XIX. Pero no es el único. Existe por lo menos otro que se opone radicalmente al primero y que ofrece la imagen de un siglo que comienza a conmover lenta pero inexorablemente los cimientos de la milenaria diferencia y jerarquización de los sexos. La coexis-

tencia a lo largo de todo su transcurrir de estos dos aspectos contradictorios a propósito de las concepciones sobre el hombre y la mujer y de la relación entre ellos es lo que explica la especial tensión y dinámica de que está revestido este siglo a propósito de esta problemática. Que el tema de la mujer en particular no era un tema resuelto para los hijos y las hijas del decimonónico, lo muestra precisamente el hecho de que nunca antes otro siglo se ocupó y habló más de ella: la filosofía, la medicina, los catecismos, los códigos, la teología y la literatura la hicieron frecuente objeto de sus discursos. A decir verdad el asunto de la mujer está ya presente en los comienzos del siglo si a éstos se les ubica en la revolución francesa, no porque se la tome como el origen mágico de nuevas problemáticas, sino porque ella, con su indiscutible impacto, constituye un hito simbólico que inaugura un nuevo período histórico en la cultura occidental. Y la revolución francesa con su fuerza para trastocar el antiguo orden, todo lo puso en vilo y de ello no podía hacer excepción con la mujer.

Uno de los efectos más profundos y al mismo tiempo más manifiestos de la revolución francesa fue haberle dado curso, a nivel de la ideología y del imaginario colectivo, a la certidumbre de que todo orden humano es histórico, transitorio y revocable. La gesta francesa en buena medida puso al hombre occidental de cara al hecho, no ajeno a la dificultad y a la

angustia para aceptarlo, de que su destino personal y colectivo, es hechura de sus propias manos y no de un forjador eterno e inmutable, llámese dios o rey. La revolución francesa, sobre todo, en el período de hegemonía jacobina, quebró los fundamentos trascendentales en que se había erigido hasta entonces toda sociedad y, no sin vértigo, le hizo constatar al hombre que el único fundamento de su destino es su propio obrar. Signar como histórica a la sociedad en todas sus dimensiones (instituciones, regímenes, ideas, creencias, costumbres, leyes, etc.) era no sólo poner una pica en el Flandes de la monarquía y de la iglesia, sino también en esa tercera fuerza que fungía como garante de lo eterno e inmodificable: la naturaleza. Lo que la revolución francesa, así haya regulado poco más tarde asustada ante su propia intrepidez, erosionó con el ácido de la historicidad fueron esas antiguas y duras rocas que sostenían para el hombre la certidumbre de un orden incommovible: dios, rey y natura. Que después de haberse atrevido a este osado paso haya querido poner freno y cambiar de dirección, ya que dar marcha atrás era imposible, poco importa: el daño estaba hecho y de ahí en más las renovadas letanías de lo eterno no podrían ahogar en la cultura occidental el perseverante murmullo de lo histórico que le certifica al hombre que, con tal que a ello disponga su lucha y su empeño, él tiene la potestad de configurar los órdenes que lo rigen. Esta certeza

de ser históricos, que abrió la revolución francesa, es la que explica que este siglo haya parido pensadores como Hegel y Marx que hacen de lo histórico el centro de su reflexión.

La revolución francesa todo lo puso en cuenta de la historia... ¿todo? Por lo menos en lo relativo a la mujer quiso hacer una excepción y dejarla consignada al rubro de la naturaleza pero, como hemos dicho, su fuerza para trastocar el antiguo orden no pudo dejar de afectar también este dominio, con lo cual la pretendida excepción cobró también su lugar en la historia del siglo XIX como problema que comenzó a reclamar su solución.

Se sabe que la mujer, tanto la obrera como la campesina y la aristócrata, participó activamente durante los acontecimientos revolucionarios fuera en calidad de amotinada, de defensora de curas e iglesias o de promotora de salones en los que se daban cita muchos de los principales protagonistas de los hechos. En particular las mujeres de París fueron activas participantes en los motines, alzamientos y arengas, pero, por una peculiar lógica que seguía el proceso, inmediatamente había que pasar del amotinamiento espontáneo, en el que muchas veces el papel de la mujer fue de liderazgo, a un plano formal y organizativo, se procedía a excluir a la mujer y a enviarla de regreso a casa. Ni en la organización armada, ni en la política, ni siquiera en las organizaciones civiles (con contadas y muy

breves excepciones) tenía lugar la mujer, por el contrario, se le prohibía explícitamente y se le recordaba que su lugar estaba en el hogar. Una revolución que todo lo echaba abajo no encontraba mejor argumento para mandar las mujeres a casa que invocar el caos social que arreciaría si la mujer desconocía el lugar natural que le correspondía en el orden de las cosas y de los seres. Pero las mujeres no aceptaron este proceder de una revolución que se fundaba en nociones tales como individuo e igualdad y que se contradecía con sus propios postulados cuando sexuaba la ciudadanía, pues si la revolución creó la categoría de ciudadano no creó la de ciudadana y con esto condenaba a la mitad de su población a la carencia de libertad, lo que iba a contravía de su principal causa. Las mujeres, rechazando el trato de inferioridad que se les daba adelantaron a partir de entonces la reivindicación de un espacio político que las integrara como seres libres, esto es, como ciudadanas. Desde ese momento se levantaron voces como las de Olympe de Gouges, Mary Wollstonecraft y más tarde Flora Tristán, que no cesaron en reclamar la igualdad con los hombres a partir del reconocimiento de una condición humana que trasciende la diferencia de sexos.

Por su propia lógica la revolución francesa no pudo dejar de plantear la cuestión de la mujer aunque no la resolvió. De ella se ocuparon desde adversarios a que tuviera algún lugar en la política

como Talleyrand, pasando por quienes la veían como algo del mero orden jurídico, al estilo de Condorcet hasta quienes asumieron su abierta reivindicación como el caso del representante jacobino Guyomar. Del lado de las mujeres muy pronto se oyó la voz, en 1793, de Olympe de Gouges quien reivindicó una "Declaración de los derechos de la mujer" y quien, poco después, hubo de pagar el precio con su cabeza en la guillotina; también se manifestó Mary Wollstonecraft quien, a diferencia de la anterior, no ubicaba la solución del problema capital de la mujer en una reivindicación política sino en una profunda reforma cultural de la sociedad.

Puesta en el tapete la cuestión de la mujer por una revolución que en lugar de solucionarla posiblemente le dio una vuelta más a la tuerca de la opresión con la expedición del Código Civil, hubo de ser recogida por los filósofos quienes, planteando a priori ora unas relaciones armónicas, ora unas conflictivas, entre los sexos, la pensaron en función de la familia y el matrimonio, la especie y su perpetuación, y la propiedad y su herencia. Filósofos como Fichte, Kant, Hegel, Friedrich Schlegel, Kierkegaard, Fourier, Schopenhauer, Comte, John Stuart Mill, Marx y Nietzsche no pudieron dejar de referirse a ella.

Otro tanto sucedió con la literatura la cual a través de plumas como las de Balzac, Stendhal, Flaubert, Tolstoi, Chejov, Turgueniev, Ibsen y otros, hizo de la cuestión

de la mujer objeto privilegiado de su mirada, explorando las complicadas relaciones que establece con el hombre, con la masculinidad, con la feminidad, con el matrimonio, con el amor, con la sexualidad y con su realización posible en la sociedad actual, por mencionar parte de los problemas que indaga. La literatura fue la forma de expresión de mujeres como las hermanas Brontë, Jane Austen, Colette y esa pléyade de mujeres que, quizás revelando con ello la ambivalencia de su posición entre la reivindicación de un nuevo lugar para la mujer y la sumisión a la condición de hombre para alcanzar un valor, deciden hacerse reconocer con nombres viriles y perseverar con ellos más allá de que todo el mundo ya supiera que no eran sino seudónimos tras los cuales hablaban mujeres, como fueron George Elliot, George Sand, Daniel Stern, Vizconde de Launey y Daniel Lesueur, por citar los más conocidos.

No sólo fue una indagación discursiva, muchas veces crítica, la que sostuvo el siglo XIX con respecto al modelo de mujer caracterizada por la dedicación, la abnegación y el olvido de sí misma que le exigía su doble condición de madre y esposa, sino que fue también una crítica expresada en las actitudes de rechazo que muchas mujeres adoptaron frente a ese conducto a la conyugalidad y a la maternidad que constituye el matrimonio, el cual estaba rodeado de una leyenda dorada, además de que gozó de gran valoración pues era

el medio de hacerse a una identidad social y poder rehuir al doloroso espantajo de la soltería, sobre todo para el caso de la mujer pues en el caso del hombre no era peyorativa. Ese rechazo al matrimonio y la opción por un celibato laico se hacía como oposición a la esclavitud sexual y a la obligación de tener que subyugar el espíritu a la tiranía de esposo e hijos. Tanto en la mujer que se inclinaba por el camino religioso, como en la que optaba por esa especie de sacerdocio laico en que consistía el oficio de enfermera, trabajadora social o maestra, y como en la intelectual que defendía celosamente su autonomía, pueden reconocerse formas de evasión del imperio del padre, el marido y la maternidad.

Otro factor que contribuyó a privilegiar, por mujeres de poco peso cuantitativo pero de mucha incidencia por el radical gesto que realizaban, la soledad femenina, a despecho de una sociedad que la veía como una amenaza contra el modelo familiar y como el antimodelo de la mujer ideal, fue el progresivo y acentuado valor que fue alcanzando la individualidad, en la cual también la mujer fue logrando cada vez más la posibilidad de dibujarse un rostro propio que no hiciera depender la identidad de la certificación que le depararan el padre, el esposo o los hijos. Esa nueva conciencia y sentimiento de sí va materializándose en hechos como el surgimiento de la habitación propia, el tránsito del diario íntimo del examen de conciencia

cristiano a la introspección, la propagación del retrato y la fotografía personal, la popularización del espejo, el establecimiento de la huella dactilar como criterio de identidad, en fin, más allá del matrimonio como una institución convenida por intereses y sin ninguna realización íntima significativa, la pareja como realidad nueva en curso de invención y la idealización de ella como unión de dos identidades singulares promovida por el también valorado amor y destinada a posibilitar la dicha personal.

En consecuencia, la mujer del siglo XIX fue también enfrentando un modelo de sí que le reclamaba resignación ante su destino y comenzó a otear otros horizontes para su vida, aunque muchas veces el rechazo y la esperanza carecieran de una expresión nítida, como sucede en el corazón de madame Bovary: "...Emma... no creía que las cosas pudieran ser iguales en sitios diferentes, y, como la parte vivida había sido mala, seguramente lo que quedaba por consumir sería mejor"⁽²¹⁾. Vago sentimiento de rebeldía en la entrañable Emma que explica sus desvaríos románticos y su decidida y conmovedora apuesta por una vida mejor a la idealización del amor, pero sentimiento de rebeldía que en otros casos, como en el de la no menos entrañable Ana Karenina, comienza a cobrar la forma de nuevas y significativas realizaciones vitales:

"Al parecer, te imaginas que toda mujer es solamente una hembra, une couveuse —replicó Stepan Arcadievich—, Ana está ocupada, pero no precisamente con su hija. La creía muy bien, sin duda; pero no se trata de ella. En primer lugar, Ana escribe. Ya veo que sonríes irónicamente, aunque no tienes por qué hacerlo. Está escribiendo un libro para niños. No habla a nadie de esto (...)"⁽²²⁾.

Puesta en la línea de desarrollar las posibilidades de su vida y de alcanzar nuevas realizaciones la mujer debió superar, tanto en lo individual como en lo social, los obstáculos que el hombre puso a su paso y que podían ir desde la inferioridad en que la situaba la legislación hasta la descalificación que denota la sonrisa irónica de Levin en la cita anterior. Pero si la condición de mujer era de por sí razón de obstáculo para la conquista de realizaciones propias y diversas, muchísimo más grande era el impedimento que se le erigía cuando la conquista a la que se dirigía ponía en juego esencialmente la realización de una actitud femenina ante la vida, porque entonces a la fuerza de la dominación social de los hombres se le sumaba el peso de unos valores predominantemente masculinos que regían la cultura prevaleciente en la época. Si lo femenino es una actitud ante la vida regida por el goce de ser y lo masculino otra caracterizada por el goce de tener, y si por

21. Flaubert, Gustave. *Madame Bovary*. Alianza Editorial, cuarta ed. Madrid, 1981. p. 136.

22. Tolstoi, León. Op. cit. p. 1038.

principio lo femenino y lo masculino no se distribuyen puntualmente entre mujeres y hombres respectivamente (aunque, como lo ha mostrado hoy por hoy el psicoanálisis, es explicable, sin necesidad de acudir a una determinación por la naturaleza, que no existe, que en las mujeres prime la tendencia a la femineidad y en los hombres la inclinación a la masculinidad), la mujer podía adelantar su reivindicación social apuntalada en los valores masculinos dominantes en la cultura, caso en el cual la resistencia que se le oponía era grande pero no radical, o podía adelantar su reivindicación social agenciando valores de la femineidad, situación ésta que sí se topaba con la más extrema y radicalizada de las oposiciones pues ya su reclamación no sólo afectaba al orden de poderes y derechos de los diversos sujetos sociales, sino el corazón mismo de la cultura establecida.

El goce de ser traza una relación con todo aquello que le permite al humano explorar y ahondar en su experiencia ontológica, diversificar la valoración y la significación de su existencia y del mundo que habita, en una palabra, es el goce que depara el oficio de hacedor sin fin de significantes que enriquecen y complejizan la vida; por eso se puede llamar goce femenino al que se inscribe en ese dominio que ha recibido el vago nombre de "espiritual", que comprende articulaciones a la vida tales como la ética, la estética, el arte, la filosofía, lo mítico, lo sacro, en general lo simbólico que trabaja al humano

desde su carencia constitutiva. Por su parte el goce masculino definido como goce de tener (o de ente) se inscribe en ese dominio que podríamos llamar "la cosa", que comprende articulaciones a la vida centradas en la dominación y el sometimiento tales como las que posibilitan el dinero, lo militar, la política, la ciencia y su técnica y en general todo lo que permite una acumulación de poder para ejercer sobre un objeto (humano o natural).

No sobra advertir que esta doble modalidad del goce posible del sujeto humano, el que le depara el ser y el que le depara el ente, no se inscribe en una valoración moral del tipo bueno-malo, sino que más bien señala dos caminos posibles (y necesarios en su conjugación) de articulación de la criatura humana a la vida. Igualmente no está de más recalcar que femenino no es, por principio, equivalente a mujer ni masculino a hombre.

Planteadas las cosas así, y retomando el hilo del siglo XIX, se puede decir que el capitalismo, que alcanza su consolidación precisamente en esta centuria, promueve, desde su consustancial lógica de acumulación al infinito, una cultura caracterizada por la prevalecencia de lo masculino y por "el olvido de lo femenino", así como Heidegger dice que nuestra época se caracteriza por el "olvido del ser". Este rasgo de "olvido de lo femenino" que caracteriza la cultura del siglo XIX afectó a la mujer pues, como dijimos antes, si ya la lucha por la igualdad social le fue difícil,

muchísimo más lo fue cuando trató de adelantarla desde la feminidad. Por eso Ana Karenina, para poner un ejemplo, no representa únicamente a esa mujer del siglo XIX que busca sus propias realizaciones, sino también a la que al hacerlo desde una intensa valoración del amor como pasión de ser (sentimiento no medible, no acumulable, no potenciabile en términos de dominación creciente) se vio condenada al ostracismo y al fracaso. No es descabellado pensar que si Ana Karenina no rompe con su hogar por darle un nuevo curso a su vida según los dictados de una pasión amorosa, sino para hacer una carrera en la política, la administración o los negocios la lucha habría sido difícil, pero en todo caso no terminaría en ese fracaso definitivo que es el suicidio.

Por eso una mirada especial que hay que dirigir a la cuestión de la mujer en el siglo XIX es la que debe recoger el conflicto feminidad-masculinidad, conflicto que por no dirimirse en los marcos de las leyes, los jueces o los policías, sino en el sutil e intangible modo de asumir y valorar la vida que provee una cultura, tiene a la literatura como fuente privilegiada que ofrece testimonio de él y de las formas que adoptó.

Si lo femenino sólo se realiza de uno en uno, como lo advierte Goethe: "Considérese un ser femenino como amante, como novia, como esposa, como ama de su casa y como madre; siempre está aislada, siempre es única y, quiere

ser única" (23). Lo masculino tiende a la uniformidad de todos, como lo enuncia Stendhal: "(...) la señora de Renal (...), se figuró que todos los hombres eran iguales (...), la grosería y la más brutal falta de sensibilidad hacia todo lo que no fueran intereses, honores, cruces, el odio ciego hacia cualquier razonamiento que los contrariase, le parecían algo natural, propio del sexo, igual que llevar botas o un sombrero de fieltro" (24). En este dominio sutil y no manifiesto, dominio en el que las luchas se libran en las pequeñas escalas del individuo y de la cotidianidad, también se juega la historia del siglo XIX y de las mujeres que encarnan una defensa femenina de la vida. En esta perspectiva, la historia de las mujeres del siglo XIX es en buena medida la historia de la feminidad, es decir, de una visión y una actitud ante la vida que se confronta con la masculina y que cuestiona el orden cultural establecido, y no solamente la historia de la lucha por un lugar social que deja incólume a la cultura dominante.

Los grandes novelistas del siglo XIX, que fueron ellos mismos con su creación artística representantes de esa feminidad que puja por preservar una dimensión poética de la vida frente a esa actitud que lo reduce todo a producir y consumir mercancías, nos ofrecen con

23. Goethe, J. W. *Afinidades Electivas*. Espasa-Calpe, sexta ed. Madrid, 1962. p. 171.

24. Stendhal. Op. cit. p. 44.

Ana Karenina, Emma, madame de Renal o Anna Sergueevna (esa adorable dama del perrito) por decir sólo unas cuantas, no solamente el cuadro de un dramático destino personal con desdichado final, sino la pintura de una época y de una cultura que libró en su seno, de manera casi imperceptible en la algarabía de otros acontecimientos, un crucial conflicto que desnudó valores y actitudes disímiles para asumir la vida. Valgan para ratificar esto unos cuantos ejemplos, en los cuales la literatura describe actitudes contrapuestas que sin duda son estructurales de la feminidad y la masculinidad, pero que leídas para el siglo XIX muestran que en la mujer cupo no solamente la lucha por otras realizaciones para su ser sino también el hacerlo sosteniendo una visión femenina de la existencia, es decir, no sólo era asunto de ganar para sí en lo social, sino de suscitar una transformación cultural de efectos globales sobre el conjunto de la sociedad. Un caso es la actitud ante el dinero: mientras lo masculino lo asume como un emblema fálico que se constituye en fin en sí mismo, lo femenino lo usufructúa sólo como un medio para realizaciones de más hondo calado como aquellas que permiten expandir el ser lo que plasman Eugenia Grandet y su padre de manera inequívoca: "Así pues, el padre y la hija, cada uno por su parte, habían estado contando su fortuna; él para ir a vender su oro, Eugenia para arrojar el suyo a un océano de afecto" (25).

Otra diferencia de actitud es la que se da en las relaciones con el amor y la sexualidad. En la masculinidad la sexualidad también es un fin en sí mismo, mientras que en la feminidad la sexualidad está subordinada al amor por lo que el cuerpo sólo puede acceder al goce erótico como manifestación del amor. Es la diferencia radical que separa a Emma y a Rodolfo respecto a la consumación sexual de su relación:

"—¡Oh, es que te amo! —proseguía Emma— te amo de tal manera que no puedo pasar sin ti (...).

Tantas veces le había oído decir estas cosas, que ya no tenía para él nada de original. Emma era como todas las amantes, y al caer como un vestido el encanto de la novedad, dejaba al desnudo la eterna monotonía de la pasión, (...)" (26). "Ya no empleaba, como antes, aquellas palabras tan dulces que la hacían llorar ni aquellas vehementes caricias que la volvían loca (...). No quería creerlo; ella intensificó su amor, mientras que Rodolfo fue ocultando cada vez menos su indiferencia" (27).

Ese destino de la sexualidad como fin en sí mismo es lo que determina la incapacidad masculina

25. De Balzac, Honoré. *Eugène Grandet*. Editorial La Oveja Negra Ltda., 1982. p. 132.

26. Flaubert, Gustave. Op. cit. p. 241-42.

27. Ibidem, p. 221.

para sostener una percepción estética de la mujer más allá del vínculo carnal, como lo tiene que padecer Ana Karenina: "Vronsky levantó la vista. Vio toda la belleza de su rostro y de su vestido, que siempre le sentaba tan bien. Pero ahora le irritaban precisamente esa belleza y esa elegancia" (28). "Pero ahora sentía (Vronsky) su belleza (de Ana) de otro modo completamente distinto. No había ningún misterio para él (...)" (29). Al ligar la sexualidad al amor, lo que la feminidad pone en juego es el ser, lo que no puede ser comprendido por la masculinidad que sólo hace de ella un ejercicio de posesión. Por eso en la mujer del siglo XIX que lucha contra su obligatoriedad al matrimonio al margen de su realización propia, no se puede reconocer únicamente la reivindicación, en los hechos, de su cuerpo como algo propio, sino una demanda más trascendente: la de su ser, en otras palabras, la transgresión al matrimonio no se explica ni se agota para ella en la sexualidad, a la que suele restringirse la transgresión masculina, más bien se hace a nombre de la esperanza de conquistar una nueva significación ontológica, como lo testimonia la dama del perrito: "(...) ¡Me aborrezco a mí misma!... ¡No es a mi marido a quien he engañado... he engañado a mi propio ser! ¡Y no solamente ahora... sino hace ya tiempo! (...). ¡Después de casada, me torturaba la curiosidad por

todo!... ¡Deseaba algo mejor! ¡Quería otra vida!... ¡Deseaba vivir! (...). ¡Usted no podrá comprenderlo, pero juro ante Dios que ya era incapaz de dominarme..." (30). Esta exaltada declaración de Ana Serguevna certifica mejor lo que de manera insistente hemos repetido: hay una lucha de la mujer del siglo XIX en la que el asunto no es lograr lo que el hombre en tanto masculino ha alcanzado, más bien, cuando ella agencia la feminidad, se trata de realizar otra cosa: otra experiencia con la vida y con el ser.

Finalmente, esta inagotable demanda de ser que hace la feminidad le depara una mayor sensibilidad, en comparación con la masculinidad, frente a la vida, compleja y difícil, y los dolores que siempre le habitan, tal como bellamente lo reconocía Balzac en las mujeres de su siglo: "En todo momento las mujeres tienen más motivo de dolor que el hombre y sufren más que él. El hombre tiene su fuerza y el ejercicio de su poder, actúa, se mueve, se ocupa de algo, piensa, abraza el porvenir y encuentra en ello consuelo (...), pero la mujer permanece, se queda frente a frente con su pena y nada la distrae de ella, llega hasta el fondo del abismo que la pena le ha abierto (...)" (31).

Por otra parte, es también necesario decir que para la mujer del

28. Tolstoi, León. Op. cit. p. 809.

29. Ibidem, p. 815.

30. Chéjov, Anton. *La Dama del Perrito*. Editorial La Oveja Negra Ltda., 1982. p. 10.

31. De Balzac, Honoré. Op. cit. p. 155.

siglo XIX su relación con la vida al estar signada por un lugar importante y significativo para el amor, se expresó, de un lado, en la posición de sujeto del amor que reclamó experimentarlo en ella para acceder al matrimonio y a la sexualidad, lo que no acontecía con la mujer de épocas anteriores que llegaba al matrimonio por decisiones de terceros y a la sexualidad por débito; pero, de otro lado, se expresó en la posición de objeto del amor, es decir en la demanda que hizo de ser amada, lo que le confería un valor, una significación y un lugar especial en el trato del hombre. No ser solamente bella para la atracción sexual de los hombres como había sucedido antes, en general, con la mujer, sino ser bella para ser amada y poder desplegar, desde esta especial consideración que lograba, sus realizaciones propias. En pocas palabras: a través del amor de que era objeto, la mujer del siglo XIX alcanzó a ser alguien y dejó de ser un simple instrumento de satisfacción sexual y de reproducción. Es lo que le pasa a Ana Serguevna a los ojos de Gurov cuando éste, que sólo le había dado en un principio el lugar de un capricho sexual más, se descubre enamorado de ella:

“Aquella mujer, en la que nada llamaba la atención, con sus vulgares impertinentes en la mano, perdida en el gentío provinciano, llenaba ahora toda su vida, era su tormento, su alegría, la única felicidad que deseaba. Y bajo los sonidos de los malos violines de una mala orquesta

pensaba en su belleza, pensaba y soñaba” (32).

Pero ese nuevo juego de posibilidades que trajo consigo el amor, excelsa expresión de la feminidad, activó en el siglo XIX formas de resistencia que apuntaron a sofocar ese peligroso factor de poetización que irrumpía precisamente en la sociedad que más le había pedido al ser humano que se hundiera en la fascinación por la cosa. Dos formas adoptó esta resistencia al amor: la primera, llevarlo a la pura ficción, des-realizarlo, reducirlo a un asunto de papel impreso, tarea en la que paradójicamente jugó un papel muy importante la literatura y principalmente la romántica con su acento cargado a un amor hiperidealizado, imposible de localizar en la vida real. Si el amor es una experiencia que concierne al sujeto en el registro imaginario y la literatura, en tanto universo ficcional, también transita por la dimensión imaginaria, el puente quedó tendido y entonces al amor se lo llevó a habitar el puro universo de la ficción, recargando las tintas en ese enunciado tan caro al romanticismo acerca de la imposibilidad del mismo. Esta ficcionalización del amor produjo esa especie de esquizofrenia en la mentalidad que no hacía incompatible que un lector que se había compungido y conmovido con el drama que desgarró la vida de Ana Karenina, censurara acremente y descalificara a la vecina que había huido, atraída por una pasión amo-

32. Chejov, Anton. Op. cit. p. 18.

rosa, de un matrimonio asfixiante. Fue, pues, la primera forma de resistir al amor: convertirlo en mero asunto de papel, aunque también hay que decir que, contradiciendo lo anterior, la literatura no dejó, igualmente, de constituirse en un generador del ideal amoroso de la época. De todas maneras esa tendencia a ficcionalizar el amor, y con él una nueva vida, es contra lo que, a su vez, se resiste una combatiente por su vida como lo es Ana Karenina, a diferencia de tantas mujeres que conjugaban amargamente la realidad de un matrimonio empobrecedor con la idealización de un intenso amor que devoraban en las novelas por entregas de los periódicos o en los libros a su alcance. No, Ana Karenina representa a esa mujer que luchó por lo suyo sin aceptar ningún tipo de delegación: "(...) pero aquella lectura le resultaba desagradable, es decir le molestaba el reflejo de la vida de otras personas. Tenía demasiados deseos de vivir ella misma" (33).

La segunda —y sin duda la más eficaz— forma de resistir la irrupción del amor que presencia el siglo XIX, es a través de ese soporte que este siglo no inventó pero sí refinó para que sostuviera esos dos valores que son la familia y el hijo y que exaltó como ninguna otra época había hecho hasta entonces: nos referimos al matrimonio.

Por el momento quisiéramos aludir a un par de aspectos de la re-

lación de la mujer del siglo XIX con esta institución. Uno concierne con la primacía de la apariencia sobre la realidad efectiva del deseo y del afecto entre los cónyuges, el otro con el poder conminador del matrimonio y el elevado precio anímico y social que le cobra a la mujer del siglo XIX, no tanto al hombre, por la ruptura que haga con él. Aunque podía ser frecuente que una mujer del decimonónico se identificara con madame Bovary cuando decía que "se aburría, que su marido era odioso y la existencia horrible" (34), es decir que se reconociera en la certeza de que ni el deseo ni el amor la ligaba ya a su esposo, se reclamaba deponer esta verdad y guardar las apariencias de una buena concordia ante los ojos de los demás, los que a su vez muy probablemente también actuaban su respectivo papel. Esta salida a la apariencia era una manera de sortear, ilusoria pero onerosamente, la verdad de una relación convertida en un pesado lastre para la realización de una vida propia. Aparentar, como una forma de mantener contenido un deseo que busca otro norte, es lo que le propone su esposo a Ana Kerenina:

"—Ya te he rogado que tu comportamiento en la sociedad sea correcto para que las malas lenguas no puedan murmurar de ti. En una ocasión te hablé de nuestras relaciones íntimas; ahora no lo hago; ahora hablo de las relaciones externas. Te has com-

33. Tolstói, León, Op. cit. p. 148.

34. Flaubert, Gustave. Op. cit. p. 237.

portado inconvenientemente, y desearía que esto no se vuelva a repetir" (35).

No obstante, algunas mujeres, precisamente en pos de respetar la identidad profunda que les confiere su deseo, rechazan esta falsa puesta en escena a la manera en que lo hace Ana:

"Soy una mala mujer, una mujer perdida —pensó—, pero no me gusta mentir, no soporto la mentira, y él se alimenta de mentiras. Lo sabe todo, lo ve todo; ¿qué siente cuando puede hablar con esa tranquilidad?, si me matara, si matara a Vronsky, lo respetaría; pero no, sólo necesita mentiras y decoro" (36).

Quien piensa así es alguien a quien el modelo de resignación y abnegación ya no le define el curso de la vida, pues éste ya consulta con la verdad de su deseo y no está en disposición de ceder en ello. Empero, esa actitud de escucharse a sí misma y no únicamente a una norma exterior como la que quiere imponer el matrimonio y que conduce a una transgresión de ésta, no es sencilla de asumir por la mujer del siglo XIX que tiene que padecer los latigazos de la culpa proveniente de su refutación de un modelo como el de madre y esposa, que si lo rechaza es porque lo ha incorporado, lo que hace mucho más significativo a su combate. Así se lo confiesa madame de

Renal a Julián: "Dios me concedió la gracia de comprender mi pecado contra él, hacia mis hijos, hacia mi marido (...), aunque éste no me haya amado nunca como usted me amaba (...)" (37). "(...) el más pequeño de los niños, se puso malo con fiebre. Al momento, la señora de Renal fue presa de horribles remordimientos. Por primera vez y sin cesar, se reprochó su amor. Parecía comprender de repente, como por milagro, la magnitud de la falta que había cometido (...)" (38). "(...) para apaciguar la cólera del Dios celoso, tenía que odiar a Julián o ver morir a su hijo. Y precisamente por no poder odiar a Julián se sentía tan desgraciada (...). —Dios me castiga— añadió en voz baja. 'Es justo' (39)". ¿Son los mismos sufrimientos por los que pasa Ana Karenina?:

"He causado la inevitable desgracia de este hombre (del esposo) —pensó—, (...). También yo sufro y he de seguir sufriendo. Pierdo todo lo que más aprecio, el nombre de mujer honrada y a mi hijo. He procedido mal y por eso no deseo ser feliz, no deseo el divorcio y sufriré mi deshonra y la separación de mi hijo. Pero, a pesar de su sincero deseo de sufrir, Ana no sufría. No había ninguna deshonra: con el tacto que ambos tenían, evitaban en el extranjero a las se-

35. Tolstoi, León. Op. cit., p. 316.

36. Ibidem, pp. 309-10.

37. Stendhal. Op. cit. p. 235.

38. Ibidem, p. 122.

39. Ibidem, p. 123.

ñoras rusas y nunca se ponían en falsas situaciones" (40).

No, Ana no tiene tan interiorizado el modelo de mujer esposa-madre como la señora de Renal y por eso la fustigación de la culpa es menor, pero en la inevitable ambivalencia y contradicción de un combate tan duro como el que le tocaba vivir para realizar su más íntima dicha, lo que no paga en remordimiento lo reconoce como una especie de concesión a la moral de la apariencia que en otro momento ha rechazado, sólo que en forma invertida: no mostrando algo que no es, sino escondiendo lo que es.

En fin, camino que no fue fácil ni sencillo el que tuvo que recorrer la mujer del siglo XIX, a partir de esa puesta en escena de su problemática que hizo la revolución francesa y que desde allí difuminó, como tantas otras de sus conquistas y preocupaciones, por todo el espectro de la cultura occidental. Los del gorro frigio, sin duda sin obedecer en un principio a ningún propósito consciente, empujaron a la mujer a luchar por un espacio político, social y económico que, contradictoriamente, se le escamoteaba en un mundo que vio hincar, para ya no poder renunciar a ella así fuera como ideal, la bandera de la libertad y la igualdad. Un reino: la casa, y un poder: como esposa, madre y educadora constituyeron la propuesta inaugural del siglo que así buscaba aca-

tar en la distribución social de lo privado y lo público, respectivamente, un supuesto orden natural entre la mujer y el hombre. Modelo exitoso y triunfante, no cabe duda, pero que lenta y progresivamente comenzó a padecer la erosión de movimientos y concepciones de la mujer que se oponían a la sexuación de la ciudadanía y los espacios. Lucha social significativa que adelantó la mujer sobre el fondo de un modelo hegemónico pero con defensas falibles. Pero esta lucha social que de manera perseverante un sector de mujeres supo sostener a lo largo del siglo XIX, se realizaba al interior de una cultura calificada de masculina por la predominancia de un goce centrado en el tener y en el ente y manifestado en la decidida vocación de destinar la vida a la lógica febril producción-consumo, al servicio de una acumulación de capital que entra en un desfiladero sin término, que cada vez la define más como puro fin en sí mismo en detrimento de cualesquiera otras dimensiones del ser humano. De ahí que la insurgencia de la mujer del siglo XIX reclame un doble tipo de pregunta histórica: ¿por qué objetivos peleaba?, y ¿desde dónde libraba su lucha, desde una posición masculina o desde una posición femenina, esto es, desde un goce de tener o desde un goce de ser? Dicho de otra manera: la mujer del siglo XIX pudo adelantar su reivindicación como grupo social ratificando los términos de una modalidad masculina de la cultura y subordinándose a ésta o pudo lu-

40. Tolstoi, León. Op. cit. p. 692.

char por su lugar social adelantando al mismo tiempo una crítica al carácter casi exclusivo de lo masculino en la cultura y propendiendo por una relativa feminización de la misma.

Esta puja por conquistar una realización propia desde una valoración femenina de la vida, es también un hecho fundamental de la historia de las mujeres del siglo XIX —en cuanto encarnaron la feminidad, cosa que no es un atributo por principio de ellas—, aunque sea una puja sutil, que no deja demasiadas huellas manifiestas. Es aquí donde la literatura del siglo XIX, particularmente la llamada realista, cobra valor como fuente para reconocer cómo algunas mujeres de su siglo tuvieron la osadía de cuestionar el modelo de madre, esposa y educadora, desde unos valores e ideales que simultáneamente cuestionaron la cultura masculina predominante. Por eso se proponían realizar su vida rompiendo con el modelo establecido pero desde la reivindicación de valores como el amor, el derecho a la felicidad entendida como conquista espiritual, la poetización de la experiencia humana, la construcción de una ética que reconociera el deseo propio, en síntesis, valores a contravía de los de una cultura que, en su lamentable reducción de las posibilidades de la vida humana, sólo puede reconocer lo que se exprese como mercancía o esté al servicio de ella.

Por eso madame Bovary, arrastrada hasta el fondo por su doble fracaso en el matrimonio y en el

adulterio, sabe que lo que falló fue su propuesta de hacer una vida en la que el amor fuera un valor de primer rango, y falló por su posible desmesura romántica o por la incapacidad de encontrar quién estuviera a la altura de su pasión, en todo caso no es esto lo que importa para nuestra indagación del siglo XIX, sino el hecho de que ella, quijotesca, salió armada del amor a enfrentar los implacables pero insulsos molinos, para ella, del matrimonio, la maternidad y la apariencia social.

“¡Ah!, si en la lozanía de su belleza, antes de las mancillas del matrimonio y de la desilusión del adulterio, hubiera podido poner su vida en algún gran corazón fuerte, entonces la virtud, el cariño, las voluptuosidades se habrían unido y nunca habrían descendido de una felicidad tan alta (...)”⁽⁴¹⁾.

Madame Bovary, como sus otras compañeras en la saga de la literatura, representa a un tipo de mujer del siglo XIX, seguramente minoritaria frente a la mayoría de adecuadas al modelo madre-esposa o al número también superior de quienes luchando por realizaciones nuevas todo lo redujeron a lograr un lugar en la escuela, los negocios o el gobierno sin interrogar en nada la lógica de la cultura en la que desplegaron su realización pero así fueran minoritarias las madame Bovary del siglo XIX fue-

41. Flaubert, Gustave. Op. cit. p. 276.

ron otro conducto a la superación de la condición de mujer, pero con un valioso agregado: lucharon por una superación de la condición humana en general. Y puede que en esto último haya radicado su qui-

jotada, ¿pero acaso no nos mostró el caballero de Rocinante donde va a parar la humanidad cuando cree que los molinos siempre serán molinos y prefiere pasar de largo?